

UNA VISITA A MENENDEZ PIDAL

por JOSE M.^a GARATE CORDOBA

La muerte de don Ramón Menéndez Pidal trae a la actualidad una entrevista inolvidable en la que recibía con cordial familiaridad a un desconocido. Era el 21 de octubre de 1964, sólo unos meses antes de su grave enfermedad, tras la cual habría de suprimir las visitas inútiles. Ahora aquel relato cobra valor de crónica necrológica y de homenaje póstumo.

Acababa de enviarle un artículo, que titulé «Introducción a la táctica del Cid», porque leí que quería recibir todo lo que se relacione con temas cidianos, y le sugería mi ilusión por saludarle. Su respuesta fue rápida, y tan acogedora, que me dejaba elegir la ocasión. Coleccionaba los temas por separado y me pedía un aparte del trabajo que iba publicado en la *Revista de Historia Militar*. Si dijese, con forzada modestia, que mi visita era en calidad de cazador de autógrafos, mentiría, pero he de confesar que me ilusionaba mucho obtener el de don Ramón en la primera página de su *España del Cid*.

Su casa ha sido ya descrita muchas veces, la última que yo recuerdo, en una de aquellas «Conversaciones» que publicó César González-Ruano. El jardín silencioso, la señorial escalinata con libros por todas partes en el artesonado lateral, el salón con el busto de Jimena, la hija a la que fue dictando *Flor nueva de romances viejos* durante su ceguera temporal. Jimena, también historiadora, tiene allí, en la cabeza modelada, un empaque que armoniza con el nombre. Creo que acertó don Ramón y que, además, la armonía del nombre va bien con la armonía personal de doña Jimena.

El recoleto lugar del chalet, elegido sin duda en las afueras de Chamartín buscando el máximo silencio, se había alterado entonces por los golpes de piqueta de albañiles, que hacían difícil el estudio y la concentración. El salón tenía signos de algún desorden por esas obras de albañilería, que, pareciendo externas, debían de afectar también al interior.

Las dos mesas de la biblioteca estaban ocupadas con libros y documentos de apariencia venerable, que imponían respeto. En una de ellas, un libro de gran tamaño con párrafos de dos o tres líneas, a lo más, con aspecto de ser aforismos o sentencias. Estaba lejos y, aunque el libro era grande, no me atrevía a husmear, como se hace en las bibliotecas de los amigos, con vicio de bibliómano.

Llevaba como tema de consulta el de mi último ensayo, pero también quería averiguar cómo iba el tomo VII de su *Historia de España*, y algo de su último descubrimiento sobre los dos poetas del *Mío Cid*, que acercan el Cantar a las fechas inmediatas al héroe, y algo sobre la independencia de Castilla, de la que, según él, sólo por descuido suele hablarse, pues no existió tal, sino en una imperfecta interpretación de tardíos textos medievales, cosa que esperaba demostrar en una ocasión que a mí me gustaría saber si estaba próxima.

Pero cuando entró allí don Ramón olvidé por completo mis tres temas, invadido por una mezcla de respeto y admiración. No podía prescindir de la importancia que para mí tenía aquel hombre, más bien bajo, de mala vista, pero erguido y con voz segura y firme. Fue él quien me preguntó por mi estudio, y en seguida me indicó, interesado en él, algún camino útil para estudiar la táctica del Cid. Le costó entrar de lleno en el tema, y si yo estaba en situación de espera deferente, él parecía abstraído aún por su trabajo, del que se acababa de arrancar en la habitación contigua. ¿De qué investigación le habría sacado? Me encogía el ánimo robar a don Ramón y a España un tiempo tan precioso.

«Su mejor pista —me decía— está en la *Historia Roderici* y en las crónicas árabes», de las cuales, la reciente muerte de Leví Provençal le había interrumpido una valiosa aportación, ya que Leví conseguía documentos en desvanes de las mezquitas marroquíes, pues los árabes no destruyen ningún libro que contenga la palabra de Dios, y, en general, muy pocos de los otros, pensando que en todos hay reflejos divinos.

Me preguntó por la tesis concreta de mi estudio y tuvo una benevolente coincidencia en encontrarla buena en principio y en su planteamiento general. Hablamos del juglar de Gormaz y sus precisos números, siempre picudos por afán estadístico, y de su exactitud numérica, que sugiere la pluma de un oficial contador, quífonero o adalid de partidores de botín.

«No puedo escribir a gusto aquí, sin sitio en que apoyarme —me dijo con franciscana ingenuidad, al tratar de dedicarme su obra cumbre—. ¿Me permite que lo haga en ese otro cuarto?» Las obras de albañilería habían hecho acumular en la biblioteca los libros hasta ese punto. Entonces, don Ramón se va, y vuelve en seguida con el libro, donde ha puesto unas amables líneas y una fecha: 21 de octubre de 1964. Me lo entrega, diciéndome: «¿El terreno no le dirá a usted algo?».

Yo caigo en seguida. Mientras ha ido y ha vuelto, mientras ha escrito, don Ramón sigue con la idea interrumpida, en un prodigio de concentración, que es el secreto del trabajo fructífero. La idea que me brinda es como una intuición táctica suya, de fino ojeador. Acaso ignorase que el terreno se estudia como uno de los tres elementos de la situación táctica y, a su vez, como uno de los cuatro factores para la decisión.

Hablamos de la proporción de peones y jinetes, del volumen total de la hueste del Cid, de la irregularidad de sus levadas voluntarias, levantadas a voces de pregón. El Cid pasó de Capitán a General casi insensiblemente, de mandar una Compañía escasa, al salir de Burgos, a la División, de siete y ocho mil hombres, que cercaba Valencia. Recuerda don Ramón el Cuarte, cuando el Cid se decide repentinamente a dar batalla, al observar la situación del enemigo. «Fue como una corazonada táctica», me aclara. El dice estratégica, pero es igual para el caso. Luego, concluye: «El Cid era el Napoleón de entonces».

Llevo mis preguntas hacia su actividad. «Ya tengo noventa y seis años —me dice— y estoy tratando de desprenderme de compromisos pendientes. No puedo comprometer ninguna nueva colaboración en revistas». Pero don Ramón inicia ahora el tema de las batallas decisivas, tomando pie en el Cuarte, que ha quedado grabado en su atención. «Para mí —explica— fue una revolución táctica aquella batalla, una novedad del Cid. En el Cuarte debió ha-

cer algo que desorientó al enemigo por completo, una sorpresa desconcertante».

Me habla de Las Navas como otra de las batallas clave de la Historia, «donde el combate musulmán es simple y bárbaro, con moros encadenados como cinturón defensivo». Se señala en el cuello para explicarme las argollas de hierro con que sujetaban a los negros. «Y aun en el Salado es decisiva la entrada de una tropa cristiana en Tarifa, que luego atacaría por la espalda». Volvemos al Cid y concreta que «las levas eran tan desiguales en aquel tiempo, que no hay dato posible para fijar su organización ni el número de hombres». Y me recuerda que la España cristiana del siglo XI no debía de tener más de ocho millones de hombres. Don Ramón se ha callado. Piensa algo ajeno a nuestro tema. Me despido y me opongo a que me acompañe bajando los dos tramos de escalera. Aunque insiste un par de veces, le detengo y me lo agradece luego con expresiva sinceridad:

—Bien, me vuelvo con Carlos V. Estaba metido en un punto que me resulta muy difícil.

Y con sus noventa y seis años, volvía alegre a reencontrarse con el Emperador.

«Bástale a cada día su propio afán», le había dicho yo con palabras de Kempis al recordar su frase del noventa cumpleaños: «Cumplir años no tiene ninguna importancia. Lo que importa es cada día de trabajo fecundo».

Me admiraba la sencillez de este hombre grande, la humildad con que escuchaba al interlocutor, tan atentamente como si sus palabras fuesen la sabiduría, como si él no fuese el maestro, sino el discípulo.

Así era don Ramón. Así le veía al despedirse, sugestionado ya con el trabajo interrumpido, mientras se despedía. En sus ojos se notaba que empezaba a estar ya más con Carlos V que conmigo.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

ZARZAL, 23 (CHAMARTÍN)
MADRID 16

Madrid, 17 octubre 1964

Sr. D. José María Gárate

Muy distinguido amigo:

Recibo su introducción a la táctica del Cid en donde veo mucho que estudiar desde el punto de vista de la técnica militar. Espero aprovechar su trabajo en una revisión de mi España del Cid.

Quizá le hayan dado a Vd. tiradas aparte de su artículo en la Revista de Historia Militar. Me gustaría tener una para guardar en mi colección de cosas del Cid.

Mucho gusto tendré en verle, para ganar tiempo me anticipo a proponerle el miércoles 21 a las cinco y media, aquí en Chamartín. Si no le conviene a Vd. este día, haga el favor de telefonarme, para que conven-gamos otro.

Muy cordialmente le felicita por su estudio cidiano y hasta la vista queda muy suyo,



LA ESPAÑA DEL CID
VOLUMEN I

*A Don José M^a Gárate Córdoba
a su afortunado empeño de estudiar
técnicamente la milicia cidiana
Con todo afecto
R. Menéndez Pidal*

El verdadero valor de estos autógrafos, está en desmentir la idea de que Menéndez Pidal subestimaba los estudios militares. Aquí se manifiesta su interés por ellos, junto a su afectuosa acogida a los hombres del Ejército.